

dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron, que el capitán y Zorayda se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partía flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor estraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodándose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que ansí se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.—Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.



## CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acacimientos en la venta sucedidos.

**M**ARINERO soy de amor,  
Y en su piélago profundo  
Navego sin esperanza  
De llegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella,  
Que desde lejos descubro,  
Mas bella y resplandeciente,  
Que cuantas vió Palinuro.

Yo no sé adonde me guia,  
Y así navego confuso,  
El alma á mirarla atenta,  
Cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,  
Honestidad contra el uso  
Son nubes que me la encubren,  
Cuando mas verla procuro.

¡O clara y luciente estrella,  
En cuya lumbre me apuro!  
Al punto que te me encubras,  
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y otra parte la despertó diciéndole: Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz, que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndose á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos, que el que

cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: ¡Ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír á ese desdichado músico.—¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas.—No es sino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dijo: Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿qué es lo que decis de alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto.—Sea en buena hora, respondió Clara, y por no oírle, se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea: la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,  
Que rompiendo imposibles y malezas,  
Sigues firme la via,  
Que tú mesma te finges y aderezas,  
No te desmaye el verte  
A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos  
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,  
Ni pueden ser dichosos  
Los que no contrastando á la fortuna,  
Entregan desvalidos  
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda  
Caras, es gran razon, y es trato justo,  
Pues no hay mas rica prenda,  
Que la que se quilata por su gusto,  
Y es cosa manifesta,  
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias  
Tal vez alcanzan imposibles cosas,  
Y así, aunque con las mias  
Sigo de amor las mas dificultosas,  
No por eso recelo  
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, qué era lo que le queria decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: Este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragon, señor de dos Lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dejé estar sin darme otro favor, sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decirselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el día que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél, si quiera con los ojos; pero acabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurtito de mi padre, de quien él siempre se esconde, cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pié

y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareis bien de ver, que no es mozo de mulas como decís, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.—No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.—¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el día de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuan como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡O mi señora Dulcinea del Toboso! extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo, ¿y qué hará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras<sup>1</sup>, quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun bálcon, está considerando, como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente, que vida á muerte y que premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes estar apriesa ensillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí, que tú los tuvistes de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corríste entonces, zeloso y enamorado<sup>2</sup>. A este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le repre-

<sup>1</sup> La luna, ó la diosa Diana, como dijo Virgilio:

*Tria virginis ora Dianæ.*

(*Eneid. lib. 4, r. 511.*)

<sup>2</sup> Esta ingrata fué Dafne, que huía de Apolo, que es el sol, por las riberas del Peneo, el mejor rio de Tesalia, como dice Plinio. [*Hist. lib. 4, cap. 8.*]

sentó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: Lástima os tengo, hermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mesmo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol encerrados en una redoma.—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes.—¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.—Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.—Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quijote daría la mano que le había pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quijote se había puesto de piés sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo: Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contestura de sus nervios, la trabazon de

sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis, qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.—Ahora lo veremos, dijo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar, que estaría sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, cuando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso; pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podía soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pié, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el esagerar la falta que haría en el mundo su preseneia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se había creído que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño

y tendido sobre la albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado: y haciale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes: lo cual visto por Don Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dijo: Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seáis, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo, ó no, que os abran.—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa.—¿Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote.—No sé de qué teneis talle, respondió el otro, pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.—Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.—Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían, del

coloquio que con Don Quijote pasaba, y así tomaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha<sup>1</sup> puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo.



<sup>1</sup> Uno de los tormentos inventados para obligar á confesar el crimen á los tratados como reos. En 1817 viendo Fernando VII en una visita de cárcel, el potro, otro de los tormentos, mandó quemarlos, para que no quede, dijo, en lo sucesivo ni aun idea de semejante infernal máquina.